

Hola, buenas noches.

Me toca a mí la grata tarea de presentar una nueva publicación de Ediciones de La Discreta, la novela *Una carta de santa Teresa*, de nuestro cofrade discreto Luis Junco. Se trata de una novela que combina la intriga inquietante, la reflexión demorada y la contemplación de tipos humanos y paisajes, en la isla de Gran Canaria allá por los finales del siglo XIX. Es una publicación que nos complace especialmente, no sólo porque haya sido escrita por nuestro querido amigo Luis, uno de los baluartes de La Discreta, sino porque, aunque esté mal que nosotros lo digamos, es una novela sensacional, de una altísima calidad literaria y que, ya lo veréis, dará mucho que hablar. Estamos recibiendo gran cantidad de mensajes de felicitación para Luis y para la editorial, y hemos escogido uno que llegó antes de ayer y que nos ha parecido muy adecuado para la noche de hoy, porque nos cuenta una pequeña y bonita historia.

«Hace unos días, enviado por una mano anónima y generosa, recibí un grueso sobre acolchado cuya procedencia me sumió en la desazón y la curiosidad. Cuando lo abrí –ya sentado en la vieja hamaca de mi jardín tropical– no pude evitar un latigazo sordo de emoción, al ver estampado en la cubierta de un recio volumen el nombre de Luis Junco. Luis Junco... Luis... Junco... Y a la memoria me vino, con una intensidad acuciante, la figura de nuestro compadre José Luis, y sus versos encendidos a la vez que delicados, y aquellos días de alegría y frustración, y tantas... tantas cosas... Os imaginaréis con qué avidez me eché sobre aquellas páginas y cómo las bebí, pero dudo de que podáis calibrar el estado de perplejidad y confusión que albergaba cuando las cerré. ¡Cómo me habían conmovido!, y al mismo tiempo, ¡a qué extrañas reflexiones me obligaban!

»Habéis de saber, queridos amigos, que hace un año sufrí una desgracia que apenas si puedo relataros. Los viejos como yo nos aferramos a la vida en su estado más puro, en su mayor limpieza, y yo había alcanzado con mi nieto Prudencín una complicidad especial, un cariño tan tierno y sencillo que a su lado los amores mundanos parecían disputas de políticos. Formábamos una pareja singular, según todos decían: el nieto preguntón y espabilado, y el abuelo lenguaraz. Siempre juntos, siempre cómplices... Por eso, aún no sé cómo he llegado a sobrevivir a su muerte, que me quebró las pocas, pero firmes, creencias que me sostenían, apagó mis últimos alientos, me privó del mínimo atisbo de paz.

»Y tal vez el libro de Luis sea la respuesta al enigma de mi supervivencia, aunque esa

respuesta no sea más que una pregunta cruel. Tal vez, como él quiere, latan causas ocultas en las casualidades; tal vez los tiempos se sincronicen y este libro haya llegado en su momento; tal vez lo real no sea sino la herida simbólica que nos desgarrar por dentro y que no vemos ni sentimos, aunque sí su dolor. Tal vez..., pero ¿que causa pudo haber en el tumor cerebral de mi Prudencín? ¿con qué se sincronizó? ¿qué no vimos en esa herida bien concreta y despiadada?

»Sé perfectamente que un libro como el de Luis no trata de dar respuestas sino de hacer preguntas, pero a mí, a mis más de ochenta años, me sobran ya todas las preguntas. Y sin embargo, hay algo bien extraño en esto de la literatura que te lleva, justamente, a hacer lo impensado y a pensar lo que no se puede hacer. A medida que iba leyendo el libro de Luis Junco una certeza feraz como mi jardín iba arraigando en mí, y al terminarlo entendí lo que me estaba diciendo aquel barco que se adentraba en la luz alejándose del puerto de Las Palmas, supe cómo rendir homenaje al amor de mi nieto, cómo fundirme con él, aun sea vicaria y fugazmente, en los momentos finales.

»Por eso ahora, cuando doy fin a esta mi última carta, amigos del alma, estoy en el puerto dispuesto a embarcar. He decidido regresar en barco, tal y como llegué hace muchos, muchos años. Leyendo el libro de Luis, me di cuenta de que ahora son para mí las Islas el lugar soñado por la memoria. Los sueños de la memoria...: sus barrancos y palmerales, los roques y quebradas, el mar de luz... La novela de Luis me dice, en cada una de sus líneas, que mi nieto tiene que conocer esas tierras, y que aún puede hacerlo a través de los ojos cansados de su abuelo... Un fuerte abrazo, P.A.»